

El presente volumen de la serie *Classical Presences* de la Universidad de Oxford tiene su origen en un congreso celebrado en 2013 en el King's College de Londres en conmemoración del centenario del nacimiento de la helenista francesa Jacqueline de Romilly. Coordinado por las profesoras Edith Hall y Rosie Wyles fue publicado por primera vez en 2016 y ha sido reeditado en 2019. El libro, en una tarea que las editoras definen en la introducción como de "excavación", pretende sacar a la luz las contribuciones de las mujeres a la Filología Clásica, en un arco temporal que va desde el Renacimiento hasta la época contemporánea (la obra se cierra con el capítulo dedicado a Jacqueline de Romilly, nacida en 1913 y fallecida en 2010). A lo largo de 19 capítulos de diferente autoría y enfoque (más la introducción y el epílogo a cargo de las editoras) se aborda el papel jugado por las mujeres en la Historia de esta disciplina.

Los estudios están dispuestos en orden cronológico: los dos primeros se dedican al Renacimiento, con los trabajos de Carmel McCallum, que revisa algunas figuras femeninas del humanismo italiano e inglés, y de Sofia Frade, centrado en la española Luisa de Sigea (1522-1560), sin duda una de las mujeres humanistas más reconocidas de la época.

Los siguientes capítulos abarcan los siglos XVII y XVIII: Rosie Wyles se ocupa de dos destacadas mujeres del siglo XVII, la francesa Anne Dacier (1647-1720) y la germano-holandesa Maria van Schurman (1607-1678). También a Dacier, en su faceta de traductora de Safo, dedica su artículo Jacqueline Fabre-Serris, y coteja sus versiones con las que realizó doscientos años después en Francia otra mujer, Rene Vivien. A continuación, Edith Hall analiza, en el marco del debate sobre la educación de las mujeres en la Inglaterra de los siglos XVII y XVIII, las figuras de Lucy Hutchinson (1620-1681) y Sarah Fielding (1710-1768), traductoras de Lucrecio y Jenofonte respectivamente. Finalmente, Jennifer Wallace estudia a la escritora y traductora de Epicteto Elizabeth Carter (1717-1806).

Es sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX cuando las mujeres empiezan a acceder a universidades e instituciones de educación superior y comienzan a ocupar paulatinamente puestos en el mundo académico y docente. A este proceso dedica su capítulo Liz Gloyn, que estudia el caso concreto del Newnham College de Cambridge, haciendo una revisión de las primeras mujeres que enseñaron latín y griego en esta institución, entre ellas, la famosa Jane Harrison (1850-1928), fundadora de los modernos estudios sobre religión griega antigua. Por su parte, Michele V. Ronnick traza un panorama de las primeras mujeres afroamericanas que recibieron educación clásica tras finalizar la Guerra Civil americana y en las décadas siguientes.

Varios capítulos dibujan retratos de grandes filólogas cuya actividad se sitúa a caballo entre los siglos XIX y XX: la americana Grace Harriet Macurdy (1866-1946), estudiosa de las mujeres del periodo helenístico, pionera en tener una carrera académica internacionalmente reconocida y primera mujer en dar una *lecture* en el King's College (Barbara F. McManus); la helenista americana de origen alemán Edith Hamilton (1867-1963) autora de los exitosos *The Greek Way* y *The Roman Way* (Judith P. Hallet); la británica Margaret Alford (1868-1951) especialista en la prosa de Cicerón, Tácito y Livio y pionera en la Universidad de Cambridge (Roland Mayer).

Ya en el siglo XX, Judith P. Hallet escribe sobre las primeras filólogas clásicas en la elitista Universidad de Yale; Catherine P. Roth sobre la danesa Ada Sara Adler, conocida por su trabajo como editora de la *Suda* (1878-1946); Nina V. Braginskaya se dedica a Olga Freidenberg, primera mujer en Rusia en defender una tesis doctoral en clásicas con su estudio sobre la novela griega antigua; M. Eleanor Irwin centra su ensayo en la helenista y escritora de novela policíaca escocesa Kathleen Freeman (1897-1959); Laetitia Parker en A. M. Dale (1901-1967), la especialista inglesa en tragedia griega; Rowena Fowler, escribe acerca de Betty Radice (1912-1985), latinista, traductora y, sobre todo, editora de la serie *Penguin Classics*; y, finalmente, Barbara K. Gold, acerca de Simone Weil (1909-1943) y su controvertido ensayo sobre *La Ilíada*. El último capítulo, como se ha dicho, recoge una semblanza intelectual y vital de la francesa Jacqueline de Romilly a

cargo de Ruth Webb. Al final del tomo se añade una bibliografía muy voluminosa, dada la diversidad de épocas, personajes y temas tratados.

En el libro van desfilando mujeres que constituyen excepciones en la Filología Clásica, un terreno en el que, como en tantos otros, no se generalizó la presencia femenina hasta, al menos, pasada la segunda mitad del siglo XX. Pero hay también una clara voluntad de emplazar a estas mujeres en sus contextos históricos y en el entramado de las relaciones entre ellas y, en definitiva, de situarlas en el marco más amplio del acceso de la mujer a la educación y al mundo de la docencia, la investigación y la divulgación científica.

De este modo, a lo largo de sus páginas se ponen sobre la mesa cuestiones de gran interés: por ejemplo, la lentísima –y controvertida– incorporación de las mujeres al estudio del griego y al latín, ese templo del saber tradicionalmente masculino, representante de la alta cultura y la erudición, pero también instrumento para la *auctoritas* en la esfera pública. Igualmente, el debate generado a lo largo de los siglos desde aquellas primeras *doctae puellae* del humanismo acerca de la legitimidad femenina para reivindicar su derecho al saber y su ambición al placer del conocimiento, y el largo camino hasta el reconocimiento de su capacidad intelectual y competencia filológica. También, ya en épocas más cercanas, es revelador el costoso proceso de entrada de las mujeres a la educación formal y a las instituciones de educación superior y universidades, sus vías de asimilación y adaptación a las normas de una academia hasta hace bien poco solo masculina, así como su reciente acceso y consolidación en los puestos de poder.

En definitiva, al margen del mayor o menor interés de cada capítulo concreto, creo que la contribución fundamental del libro reside en su aspiración a reconstruir, a partir del análisis de casos, la Historia de las Mujeres en la Filología Clásica, una historia que, como advierten las editoras en la introducción, no es lineal ni en progresión ascendente, sino fragmentaria y salpicada de avances y retrocesos. Obviamente, no están todas las que son: los estudios se centran en especial en la filología clásica del ámbito británico y americano –el de la mayoría de las autoras (y autor) que han contribuido al volumen–, con algunas excepciones, como las francesas Dacier, Romilly o Weil, las humanistas de la Italia del Renacimiento, la hispana Sigea, la danesa Adler o la rusa Freidenberg.

Pese a ello, creo que esta obra constituye una estimulante invitación para investigar, en otras áreas geográficas y otros contextos, las aportaciones de las mujeres a los estudios clásicos, muchas veces marginadas o simplemente desconocidas e invisibles, y de profundizar en esta cara B de la Historia de la Filología Clásica que todavía no ha sido escrita.

Alicia Morales Ortiz
Universidad de Murcia
E-mail: amorales@um.es